

autenticidad, copia de la literatura extranjera. Todos los exegetas, a quienes molestaba el contenido de lo que no era romanticismo tradicional, lo descalificaban de un plumazo tildándolo de inauténtico y extranjerizante. Esta interesada definición, acuñada como un lugar común de la crítica y repetida por todos los que —caídos en la trampa— no se han cuidado de examinar un poco mejor los productos de nuestro romanticismo, es la que ha impedido entender el *D. Alvaro* y valorar todo el alcance del *Macías*, de *El trovador*, de *Los amantes de Teruel*, y de otros muchos dramas de menor fortuna literaria, pero émulos en el propósito. El ejemplo y estímulo de romanticismo europeo, y particularmente del francés como más próximo y asequible, lo fue —según hemos ya dicho en otras páginas— de índole moral e ideológica; lo que se recibió de Europa fue un ideal de libertad, de la que estaba nuestro país tan necesitado. Pero en términos literarios, nuestro romanticismo fue muchísimo menos mimético de lo que había sido, por ejemplo, el petrarquismo; sin que ningún P. Blanco o equivalente, se haya enfadado con él, porque el petrarquismo era inocuo y el romanticismo no lo era.»

(pp. 523-4.)

Desde este punto de vista la obra de Alborg viene nada menos que a enterrar toda una línea interpretativa y un molde de tópicos contruidos alrededor de buena parte de nuestra historia literaria. En este sentido viene a completar los dos libros básicos sobre el romanticismo publicados por Vicente Lloréns —el último, titulado *El romanticismo español*, recientemente editado por Castalia.

Nótese que el romanticismo sólo fue correctamente entendido a partir de la generación del noventa y ocho —que aún acusa una cierta incompreensión— y especialmente a partir de la generación del veintisiete. Romanticismo es sinónimo de panteísmo, pasión y libertad, asociado a todas las revoluciones del XIX; una de las épocas más interesantes de la historia de la humanidad. Como muy bien pone de relieve Alborg, en nuestro país, durante mucho tiempo, sólo se asimiló la corriente reaccionaria inicial de este movimiento.

Es difícil escribir con objetividad una historia de la literatura, conforme se avanza hacia nuestra época actual, pero creo que Alborg, con la consabida cautela y centrándose únicamente en el campo literario, ha conseguido desenmarcar una carencia importante, recuperando del olvido y menosprecio una etapa literaria del máximo interés y aportando un enfoque liberal a toda una serie de planteamientos y problemas generalmente soslayados.

Por lo tanto, este libro consigue remozar críticamente nuestro romanticismo literario, revalorizar autores y obras consciente o in-

conscientemente relegados al olvido y descubrir un nuevo cauce sobre el que establecer una crítica literaria más moderna.—*DIEGO MARTINEZ TORRON (Colegio Mayor Argentino. Martín Fierro, sin número. MADRID-3).*

SANTOS SANZ VILLANUEVA: Historia de la novela social española (1942-75), 2 vols. Ed. Alhambra, Madrid, 1980.

El profesor Sanz Villanueva asume, con rigor y éxito indudables, los posibles riesgos que su minucioso estudio plantea al faltarle una amplia perspectiva histórica sobre el objeto propio de análisis. «El peligro, como es obvio, resulta mucho mayor si los hechos pertenecen no ya a la historia contemporánea, sino que constituyen nuestra más inmediata experiencia, nuestra más próxima práctica novelesca.» Pero el crítico cree —y nosotros así lo creemos, el presente estudio nos lo corrobora— que tal riesgo merece la pena correrlo antes que encontrarnos con los peligros que plantea un movimiento inconcluso, porque «curiosamente, se puede decir que el realismo social es una tendencia actual y, a la vez, por completo conclusa».

La novedad, por consiguiente, de este trabajo debe buscarse en su enfoque, que se aparta de otros precedentes en no considerar el realismo social como un fenómeno separado de un entorno histórico-literario más amplio:

«Mi planteamiento surge de la consideración del realismo social como un proceso cuya cima se coloca entre dos topes cronológicos: 1954-1962.»

«Así, indago, más allá de las fechas de su inicio, la formación de una conciencia realista —bien que poco crítica—, y más acá de ellas, el rumbo que han tomado los autores implicados en esa estética» (p. 4).

Minuciosamente rastrea, a partir de la hipótesis de la existencia de un proceso evolutivo en torno a la cuestión del realismo en la novela española, el camino que ha seguido hasta nuestros días la novela, pero delimitando el realismo y su aspecto dominante: una intención crítica en cuanto a la temática y un método esencialmente objetivo por lo que se refiere a la forma.

El profesor Sanz Villanueva ha observado con detenimiento los titubeos de una literatura testimonial, en cierta medida, poco crítica

hasta el surgimiento de unas formas realistas críticas —e, incluso, socialistas— y hasta su desintegración como tal en maneras estéticas más ambiciosas y alejadas del compromiso —ético y hasta político— del escritor con la sociedad que lo cobija.

PRIMERA PARTE

1. *Los años cuarenta. Hacia el realismo*

Tras hacer un análisis específico de la realidad material y espiritual de la España de la posguerra, observa que, desde la ideología de los vencedores, existe una penuria en cuanto a la calidad de las obras novelísticas de la inmediata posguerra. Sin embargo, encuentra en los nombres de C. Laforet y Cela hitos importantes en el camino hacia el realismo, pese a que el proceso de mostración crítica de la realidad, frente a un conformismo político-literario, es dificultoso e indeciso a lo largo de la cuarta década de nuestro siglo.

2. *La joven literatura. La generación del medio siglo. La narrativa neorrealista*

Basándose en una meticulosa documentación y haciendo alarde de una plausible ponderación, el profesor Sanz Villanueva irá desarrollando la tesis de que el resurgimiento de la novela en los años cincuenta y tantos hay que considerarlo como la cima de un proceso que había empezado en los años anteriores, por muy radicalmente diferente que parezca la nueva literatura.

A continuación, sin entrar a polemizar sobre el concepto de generación —aunque la bibliografía es abundante sobre el tema— analiza los autores que él considera que tienen cabida bajo el epígrafe de la «Generación del medio siglo», si bien matiza que no constituyen un grupo monolítico.

Las principales revistas de la época, Madrid (Aldecoa, Sánchez Ferlosio, Sastre, Fernández Santos) y Barcelona (Castellet, Barral y Gil de Biedma, entre otros), son los puntos de encuentro de los novelistas que se inscriben en esta corriente literaria.

3. *El realismo social*

En este apartado, el autor sopesa la diversidad terminológica que el movimiento ha conllevado. Decide, con argumentos contras-

tados, inclinarse por los términos de «realismo social o realismo crítico». También ve en tal corriente las siguientes fases:

«A mi entender, puede distinguirse una primera fase de establecimiento de una estética realista de signo comprometido que se desarrolla desde finales de los cuarenta en el relato corto y que se manifiesta con vigor en la novela ya en 1954. A partir de entonces se intensifica la intencionalidad crítica y 1958 puede ser tomado como el año en que la novela social ha fraguado» (páginas 120-121).

Pasa después a señalar las posibles concomitancias e influencias que los autores del realismo social reciben tanto de autores españoles (el 98, Larra, Valle-Inclán), como de autores extranjeros, perfilados en tres bloques: el norteamericano, el francés y el italiano. Acto seguido, aborda, por medio del testimonio de los propios implicados, la función de la literatura y qué papel desempeña la literatura social:

«El arte no es una actividad gratuita, sino que tiene una función ética y, casi, política» (p. 146).

A este respecto, el autor afirma:

«Mi labor (...) es la de observar posturas, documentarlas y tratar de explicar de qué formas se ha entendido el realismo social, tanto entre los críticos como entre los autores que lo han practicado» (p. 148).

Los novelistas sociales.—Reflejar la extensa nómina de autores (II parte del estudio) sería largo e inoportuno en estos momentos, pero no apuntar los criterios que le han movido al autor a establecerla sería craso error.

Los autores no aparecen estudiados según índice alfabético, sino encuadrados cronológicamente en subgrupos de acuerdo con su trayectoria dentro del realismo social: «Primeras formas de la novela crítica», «La novela social», «Tendencia neorrealista», «Continuadores del realismo social», «Los libros de viajes», «Noticia sobre el relato corto», «De la novela social a la renovación formal», «Novelas testimoniales de la generación mayor» y «Otras formas críticas», son los epígrafes que acogen a más de medio centenar de autores estudiados.

Quedan fuera de cualquiera de los subgrupos antes mencionados, y no por desconocimiento, los autores del exilio—salvo Izcaray—.